

DANZA EN EL CEMENTERIO

Romeo Canseco Loiacono

*Julio Pickmann Quevedo,
padre y maestro,
aquí vienen tus soldados,
con tu ejemplo como escudo
y tus palabras como espada.*

No fueron los sordos golpes que daba al avanzar un pequeño niño lo que hizo emprender el vuelo a una, dos, seis y decenas de palomas que pululaban en la plaza franciscana de Lima, cuando los presurosos lentes fotográficos locales y foráneos apuntaban a la mancha plomiza que se desplazaba en la pantalla celeste. Las aves giraban volando en torno a la fuente de agua, deshaciendo la mancha entre los espacios de las almohadilladas de las paredes de las casas, en las esculturas del frontispicio de piedra de la iglesia y en los adoquines azabaches de la calle. Aquel hermoso y natural espectáculo dirigió la vista de Nicolás hasta una aglomeración de personas que discutían frente a la plaza.

—Oficial, sólo estamos esperando a una persona para irnos —parecía ser la explicación que un señor de piel cobriza, cara regordeta adornada con unos ojos lánguidos y cabellos bien peinados hacia un costado, daba a un policía alto, con bigote y de actitud marcial.

—No, señor, no es por mí, son órdenes de arriba, ¿sabe lo que esto me puede costar? —respondió el policía, quien acababa de interrumpir un improvisado ensayo callejero, llevado a cabo por dos bailarines vestidos con chalecos adornados con espejos y piedras de colores, pantalón con flecos y grecas, un ponchillo y una gorra de peluca bajo una montera de sombrero. Los dos danzantes bailaban, saltaban y golpeaban las hojas de unas tijeras que portaban y movían siguiendo el contrapunto del son de una melodiosa música, que salía de un arpa y un violín tocados por dos hombres arropados en sus ponchos y con los rostros ensombrecidos por unos sombreros ornados con flores de retama.

—¿Y por qué no los dejan bailar..., señor? —preguntó Nicolás, luego de que el agente de policía terminara de advertir a aquel señor, vestido de camisa

blanca de lino y pantalones de traje color negro, que se retirara de aquel lugar.

—No sé, es un baile tan bonito, un espectáculo público oriundo de nuestra cultura andina milenaria, y mira tú si hasta los turistas lo están disfrutando —dijo el señor sin mirar al joven, quien, como otras personas, se deleitaban con la dulce música y las piruetas de los danzantes, frente a la resignación de los policías y los agentes de serenazgo, quienes llegaban escandalosamente, alertados como para impedir un crimen o un asalto.

—¿Y de dónde son estos bailes? —volvió a preguntar Nicolás.

—¡Ah?! ¿Qué, no sabes? —el señor volteó hacia el joven. Al mirarlo sus enormes ojos se agrandaron—. ¿De dónde eres? —indagó el señor.

—Pues de Lima, pero nunca había visto a estos bailarines, ni siquiera había escuchado esa música antes —respondió Nicolás.

—Bueno, son unos danzantes de tijeras típicos de Ayacucho, y lo que vamos a hacer con ellos es ir al cementerio El Ángel para hacer una romería —le explicó el señor, para luego acercarse donde un grupo de personas que vestían con igual elegancia y formalidad que él, y ordenarles que subieran a un taxi que justo se acababa de detener.

Los danzantes y los músicos parecían aguardar las indicaciones de aquel señor, quien ahora conversaba con el chofer de un segundo taxi que se había detenido. A una señal de este, los danzantes, los músicos, el arpa y el violín fueron ingresando en el vehículo, acomodándose a duras penas.

Nicolás observaba cómo se iba despejando la calle, los policías se relajaban,

los serenos desaparecían apurados, los curiosos retomaban sus caminos y los turistas volvían a perder la atención en alguna extravagancia de aquella ciudad. Recordó que solo había tomado unas cuantas fotografías, pero también pensaba en lo que aquel señor le había dicho: “vamos a hacer una romería en el cementerio”. ¿Una romería?, pensó Nicolás. La curiosidad lo incitó a solicitarle al señor permiso para poder acompañarlos, subirse en algún taxi para seguirlos, “ir al cementerio con ustedes”, le dijo Nicolás, sin saber realmente lo que hacía.

—Claro, vamos, isúbete allí! —le respondió alegremente el señor, señalando al segundo taxi. Nicolás se sentó sobre el respaldo del asiento trasero, que había sido inclinado hacia adelante. Con la espalda arqueada veía por la ventana del vehículo las casas descoloridas, algunas iglesias con las fachadas empolvadas, ambulantes que vendían frutas y verduras sobre la calzada, el interior de uno que otro solar a través de sus enormes portones abiertos, una plaza triangular flanqueada por uno de los perímetros laterales de una comisaría y por una cuadra llena de modestas casas de dos pisos, negocios de lápidas cubiertas con el polvillo blanco producido por el esmerilado del mármol y unos puestos de flores recostados en los muros del cementerio El Ángel.

—Bien, ¿ya estamos todos? Ahora vamos a entrar al cementerio en busca del nicho, adelante las señoras y los señores, y por detrás los danzantes y los músicos —el señor iba organizando al conjunto variopinto.

Nicolás se colocó en medio del grupo, intentando vanamente pasar desapercibido, sonriendo a una señora mayor de edad que disimuló haberlo visto.

—¿Y cómo te llamas? —preguntó el señor.

—Nicolás —respondió el nuevo integrante del grupo.

—Ah, qué bien, yo soy el doctor Dante Huamaní, trabajo en el Seguro Social y, bueno, nosotros, como te contaba, nos dirigimos a hacer una romería a un viejo amigo y gran profesor: Julio Pickmann Quevedo, quien apoyó el desarrollo educativo y artístico de nuestra humilde ciudad —le dijo su anfitrión con un tono solemne.

El doctor Dante, al igual que el resto del grupo, había nacido en Chipao, un alejado pueblo ayacuchano de la provincia de Lucanas, ubicado al pie del volcán Ccarhuarazo y fundado religiosamente por los primeros jesuitas que llegaron a esas tierras de la Cordillera Andina Oriental. Todos los que se reunieron aquella mañana, en la plaza, pertenecían a la primera promoción de escolares que egresó bajo la tutela de Julio Pickmann. Como le siguió explicando el doctor Dante, Julio había fallecido en un tonto accidente. Luego de una noche de lluvias, las baldosas del patio de la escuela amanecieron mojadas. Julio, quien siempre asistía a primera hora al centro educativo, resbaló de espaldas, golpeándose la cabeza contra el suelo. Cuando el conserje lo encontró, tirado e inmóvil en el patio, corrió desesperado en busca de auxilio. La posta médica de aquel pueblo no atendería hasta el mediodía. Tomaron la iniciativa de llevarlo hasta la ciudad. Luego de más de cinco horas de ser transportado en la tolva de una camioneta, por la trocha que conducía a Puquio, el corazón de Julio Pickmann Quevedo dejó de latir.

—Hoy día se cumplen cinco años de la muerte de Julio Pickmann —agregó el doctor Dante.

—Y por eso hemos venido a saludarlo, cantarle y bailarle, acompañados de la música que tanto le gustaba —intervino la señora que antes había ignorado a Nicolás.

La búsqueda del nicho de Julio desordenó al grupo, que se desplazaba por entre los pabellones que albergaban, en sus muros, las concavidades donde yacían los ataúdes de los cuerpos de quienes ya se habían marchado de este mundo. Santa Lucía, Santa Eulalia, San Andrés, el doctor Dante parecía no recordar el nombre del pabellón donde se hallaba el sepulcro de Julio. No era tarea fácil distinguir

los nichos sellados con lápidas de mármol, piedra y cemento, alegrados con flores blancas, amarillas y rojas, pequeñas estatuas de santos, fotografías en sepia de algún distinguido caballero ensimismado en sus pensamientos, nombres y fechas escritas en negro con un grueso pincel, carritos, robots y ositos para que jueguen los angelitos cuando despierten de sus sueños.

—Toquen y bailen un poquito —les pedía el doctor Dante a los músicos y danzantes que, de pie bajo el cenit, empezaron a brincar uno frente al otro, para darles ánimos a todos los del grupo, quienes, ya esparcidos por la búsqueda, se perdían entre los pabellones.

—¡Aquí es! —gritó una señora bajita que sostenía entre sus brazos un racimo de flores.

El resto del grupo comenzó a aglomerarse, con las cabezas en alto escudriñando con la vista entre las palabras negras. El nombre de Julio Pickmann Quevedo, escrito con trazo encorvado para seguir la forma del arco del nicho, aparecía en una lápida de piedra que conservaba su pulcritud. En ambos lados del nicho, dos potes de lata llenos de flores coloreaban su fachada; y delante de la tapia que sellaba la concavidad, una fotografía enmarcada en un cuadro de plata y un crucifijo de metal, ambos protegidos por un vidrio enrejado que llevaba, repujado en lo alto, el nombre de Julio. Un grito se escuchó entre la multitud: “¡Su centinela el Ccarhuaraso, sus estudiantes los soldados!”

Todos permanecieron en silencio. La señora con las flores avanzó hacia los nichos con la mirada sobre el nombre de Julio, recitando una oración en quechua. Otro tomó la palabra para evocar sus excelentes cualidades para educar y motivar a los jóvenes en las aulas y a los viejos en el campo, bajo la disciplina y el ejemplo. Un tercero recordó sus rondas al billar del pueblo, para pillar y reprender a los alumnos que se trasnochaban, y cuando los llevaba correctamente uniformados y ordenados a la misa todos los domingos. Se persignó uno que usaba una visera. “Un día llegué llorando a mi casa. ¿Qué te pasa, hijito?, me preguntó mi madre. Julio Pickmann me había dado un reglazo en la palma de

mi mano, cómo me dolía, fui agarrado del brazo de mi madre hasta las puertas de la escuela. ¡Preceptor!, se plantó frente a Julio mi madre. Usted es como su padre, dijo, dele más duro para que aprenda.” Todos explotaron de risa en el cementerio.

El violín vibró melancólicamente sobre el tono de fondo frondoso del arpa, acompañaba los golpes de acero que daban las hojas de las tijeras, al ritmo de los pasos de los danzantes. Un par de parejas bailaron, entre ellos el doctor Dante y la mujer de las flores, mientras los danzantes se provocaban, intimidándose con piruetas elaboradas que incitaban al rival a empeñarse por ofrecer movimientos cada vez más improvisados y audaces, los mismos que teatralizaban la enfermedad de la muerte, la algarabía de los heraldos, la creación de la luz.

Una muchacha joven, recostada en un nicho del pabellón que creaba una delgada sombra, aprovechó la pausa que se tomó la comparsa para ofrecerles algunas cervezas. El doctor Dante le compró cuatro botellas que distribuyó entre artistas, amigos e invitados. El sabor de la cebada les devolvió el ánimo para volver a los zapateos que emprendían contra el pavimento, empolvando los negros zapatos.

—Toquen un poco más —pidió alegremente el doctor Dante a los músicos, quienes, animados por complacer a su emocionado público, alargaban su faena.

Nicolás apuntó su cámara sobre los chipainos residentes en la gran ciudad de Lima, plasmando sus recuerdos, esperanzas, aventuras y desengaños; en una tarde que silenciaba al cementerio para dejar que los nostálgicos suspiros dancen en él.